

Palabras del papa León XIV ante los medios de comunicación

¡Buenos días y gracias por esta maravillosa recepción! Dicen que cuando aplauden al principio no importa mucho, si aún estás despierto al final y todavía quieres aplaudir... ¡muchísimas gracias!

Hermanos y hermanas,

Les doy la bienvenida, representantes de los medios de comunicación de todo el mundo. Gracias por el trabajo que han realizado y continúan haciendo en estos días, que son verdaderamente un tiempo de gracia para la Iglesia.

En el Sermón de la Montaña, Jesús proclamó: “Bienaventurados los pacificadores” (Mt 5:9). Esta es una Beatitud que nos desafía a todos, pero que es particularmente relevante para ustedes, llamándolos a esforzarse por una comunicación diferente, que no busque el consenso a toda costa, que no utilice palabras agresivas, que no siga la cultura de la competencia y que nunca aparte la búsqueda de la verdad del amor con el que debemos buscarla humildemente. La paz comienza con cada uno de nosotros: en la forma en que miramos a los demás, los escuchamos y hablamos de ellos. En este sentido, la forma en que nos comunicamos es de importancia fundamental: debemos decir “no” a la guerra de palabras e imágenes, debemos rechazar el paradigma de la guerra.

Permítanme, por tanto, reiterar hoy la solidaridad de la Iglesia con los periodistas que están en prisión por buscar informar la verdad, y con estas palabras también pido la liberación de estos periodistas encarcelados. La Iglesia reconoce en estos testigos – pienso en aquellos que informan sobre guerras incluso a costa de sus vidas – el valor de quienes defienden la dignidad, la justicia y el derecho de las personas a estar informadas, porque solo los individuos informados pueden tomar decisiones libres. El sufrimiento de estos periodistas encarcelados desafía la conciencia de las naciones y de la comunidad internacional, llamándonos a todos a salvaguardar el precioso don de la libertad de expresión y de prensa.

Gracias, queridos amigos, por su servicio a la verdad. Han estado en Roma estas últimas semanas para informar sobre la Iglesia, su diversidad y, al mismo tiempo, su unidad. Estuvieron presentes durante las liturgias de la Semana Santa y luego informaron sobre el dolor sentido por la muerte del Papa Francisco, que sin embargo ocurrió a la luz de la Pascua. Esa misma fe pascual nos llevó al espíritu del Cónclave, durante el cual trabajaron largas y agotadoras jornadas. Sin embargo, incluso en esta ocasión, lograron contar la belleza del amor de Cristo que nos une y nos hace un solo pueblo, guiados por el Buen Pastor.

Estamos viviendo tiempos que son tanto difíciles de navegar como de relatar. Presentan un desafío para todos nosotros, pero es uno del que no debemos huir. Al contrario, exigen que cada uno de nosotros, en nuestros diferentes roles y

servicios, nunca caigamos en la mediocridad. La Iglesia debe afrontar los desafíos que imponen los tiempos. De la misma manera, la comunicación y el periodismo no existen fuera del tiempo y la historia. San Agustín nos recuerda esto cuando dijo: “Vivamos bien, y los tiempos serán buenos. Nosotros somos los tiempos” (Discurso 311).

Por eso, gracias por lo que han hecho para superar estereotipos y clichés a través de los cuales a menudo interpretamos la vida cristiana y la vida misma de la Iglesia. Gracias porque han capturado la esencia de quiénes somos y la han transmitido al mundo entero a través de todas las formas posibles de medios.

Hoy, uno de los desafíos más importantes es promover una comunicación que nos saque de la “Torre de Babel” en la que a veces nos encontramos, de la confusión de lenguas sin amor que suelen ser ideológicas o partidistas. Por eso, su servicio, con las palabras que usan y el estilo que adoptan, es crucial. Como saben, la comunicación no es solo la transmisión de información, sino también la creación de una cultura, de entornos humanos y digitales que se conviertan en espacios de diálogo y discusión. Al observar cómo se desarrolla la tecnología, esta misión se vuelve cada vez más necesaria. Pienso en particular en la inteligencia artificial, con su inmenso potencial, que sin embargo requiere responsabilidad y discernimiento para garantizar que pueda ser utilizada para el bien de todos, de modo que beneficie a toda la humanidad. Esta responsabilidad concierne a todos en proporción a su edad y rol en la sociedad.

Queridos amigos, nos iremos conociendo mejor con el tiempo. Hemos experimentado — podemos decirlo juntos — días verdaderamente especiales. Los hemos compartido a través de todas las formas de medios: televisión, radio, internet y redes sociales. Sinceramente, espero que cada uno de nosotros pueda decir que estos días han revelado un poco el misterio de nuestra humanidad y nos han dejado con un deseo de amor y paz. Por eso, hoy les repito la invitación que hizo el Papa Francisco en su mensaje para el Día Mundial de las Comunicaciones Sociales de este año: desarmemos la comunicación de todos los prejuicios y resentimientos, del fanatismo e incluso del odio; liberémosla de la agresión. No necesitamos una comunicación ruidosa y contundente, sino más bien una comunicación capaz de escuchar y de recoger las voces de los débiles que no tienen voz. Desarmemos las palabras y ayudaremos a desarmar el mundo. Una comunicación desarmada y desarmante nos permite compartir una visión diferente del mundo y actuar de manera coherente con nuestra dignidad humana.

Ustedes están en la primera línea de la información sobre conflictos y aspiraciones de paz, sobre situaciones de injusticia y pobreza, y sobre el trabajo silencioso de tantas personas que luchan por crear un mundo mejor. Por eso, les pido que elijan conscientemente y con valentía el camino de la comunicación en favor de la paz.

¡Gracias a todos y que Dios los bendiga!

Ciudad del Vaticano, 12 de mayo 2025